

John Carlin

Niño en venta por cinco euros

La Vanguardia, 12 de diciembre de 2021.

Los rohinyás, ¿les suena? A mí tampoco si no hubiera sido por la casualidad de que hace doce años me sumergí en sus vidas, las más desdichadas de la tierra. Ahora se les va a conocer en el mundo entero. Hace cinco días esta pequeña etnia musulmana demandó a Facebook por 150.000 millones de dólares, acusándoles de complicidad en genocidio.

Desdicha, digo. Si quieren saber lo que es la desdicha, oigan la historia de una joven mujer que conocí en octubre del 2009 en un sórdido campamento de refugiados en Bangladesh llamado Kutupalong. Nur Ayesha, de 23 años, había huido de su país, Birmania, y estaba instalada en el campamento junto a otros 30.000 rohinyás. El régimen militar, en el control del país hace 60 años, estaba iniciando una campaña de exterminio contra su gente, como si el apartheid feroz que sufrían hacía décadas no fuese condena suficiente.

La discriminación contra los rohinyás se basa tanto en la religión como en el racismo. Son una minoría musulmana en un país budista; suelen tener la piel más oscura que el resto de la población. El apartheid, mucho más duro que el que sufrían los negros en Sudáfrica, incluye y sigue incluyendo la obligación de trabajar como esclavos y la prohibición a ejercer su religión libremente o a casarse o tener hijos sin permiso.

Nur huyó al vecino y musulmán Bangladesh porque ni ella ni el hombre al que amaba tenían dinero para pagar la cantidad que les exigía el ejército birmano para permitirles casarse. Se instalaron en Kutupalong y, después de un año de atroz miseria, su marido se fue rumbo a Malasia en barco a buscar trabajo. Habían pasado tres años más desde que su marido se fue cuando conocí a Nur. De rostro fino pero amargado, vivía en una chabola oscura y sofocante. Me dijo que creía que, como muchos otros rohinyás que intentaban la peligrosa travesía a Malasia, a 1.500 kilómetros de distancia, su marido había muerto. La había dejado con un recién nacido que no podía alimentar.

“Me contaron que había gente que compraba niños”, me dijo Nur. “Vendí a mi hijo de tres años a unos que dijeron que venían de la ciudad”. Nur se decía a sí misma que quienes compraron al niño lo criarían bien. Trabajadores de oenegé en Kutupalong me aseguraron que no, que el niño estaba condenado a una vida de esclavo, quizá, incluso, de esclavo sexual. Le pregunté a Nur por cuánto había vendido a su hijo. Respondió sin indicar ni horror ni sensación de injusticia, como si el precio hubiera sido justo, que lo había vendido por 500 taka: cinco euros.

Me espanta pensar cuántos habrán sufrido un destino similar al de Nur y su nene. Eran 30.000 los habitantes de Kutupalong en el 2009; hoy, en lo que se ha convertido en el campamento de refugiados más grande del mundo, son 1,1 millones, todos rohinyás. El éxodo a Bangladesh creció espectacularmente en el 2017 cuando el régimen birmano se puso manos a la obra como nunca para borrar de la faz de la tierra a una raza que públicamente definen como “marrones oscuros... tan feos como ogros”. Diez mil es la cifra más conservadora de los que han asesinado.

Facebook, como explicaba un artículo en *The Times* de Londres esta semana, es sinónimo de internet en Birmania. La empresa de Mark Zuckerberg se apresuró a incorporar la escritura birmana a su red y en enero de este año había 28.780.000 usuarios de Facebook en el país, más de la mitad de la población. Para muchos de ellos

la red social es la única fuente de noticias. Los abogados que representan a los rohinyás en su demanda multimillonaria contra Facebook argumentan que sus algoritmos amplificaron la campaña contra sus clientes, que la empresa se enriqueció a cambio de ayudar a crear las condiciones para el genocidio.

La demanda, formalizada en California, cita numerosas barbaridades colgadas en Facebook, entre ellas: “Debemos luchar contra ellos como Hitler contra los judíos” y “Lancen gasolina y prendan fuego para que puedan encontrarse más rápido con Alá”.

Si el caso llega a juicio, existe un documento interno de Facebook que los abogados de los rohinyás harían bien en presentar. El documento dice: “Una minoría de usuarios intenta usar Facebook como plataforma para subvertir la democracia e incitar a la violencia, incluyendo crímenes graves bajo la ley internacional”. Eso fue escrito en el 2018. Un rastreo hoy por Facebook en su versión birmana revelará un sinfín de mensajes llenos de inquina contra los rohinyás. Un posible testigo en el posible juicio sería el supervisor de derechos humanos de las Naciones Unidas en Birmania, que hace tres años declaró: “Lamento decir que Facebook se ha convertido en un monstruo”. Otro testigo útil para la causa rohinyá sería un ex empleado de Facebook citado en *The Times*. “Lo que hemos visto en los últimos cinco años es casi todo un país entrando en internet por primera vez y el alfabetismo digital es muy bajo”, dijo. “No poseen los anticuerpos para combatir la desinformación digital”.

El error, quizá, es pensar que solo gente nueva al mundo digital o de bajo nivel educativo es susceptible al odio y las mentiras que fluyen por las redes sociales. Solo hay que ver los alarmantes niveles de discordia en el país donde Facebook se inventó, Estados Unidos. Zuckerberg ha tenido que comparecer ante el Congreso de su país para defenderse de acusaciones de que suma millones a su insondable tesoro personal incentivando la división y debilitando la democracia. Zuckerberg respondió, como siempre cuando le proponen que representa una fuerza para el mal, con una mezcla de desdén y penitencia. “Hay que hacerlo mejor, lo reconozco”, dice. “Estamos en ello”.

Y después no pasa nada. Bueno, salvo que acaba de cambiar el nombre de su empresa de Facebook a Meta, tomando a sus conciudadanos por idiotas, igual de incapaces que el birmano más digitalmente analfabeto de distinguir entre la verdad y la apariencia.

No estoy capacitado para saber si la demanda de los rohinyás llegará, a diferencia del marido de Nur, a buen puerto. En el caso de que sí prosperase y Facebook tuviese que desembolsar miles de millones, se abriría el camino para que medio mundo hiciera lo mismo. Y para que Nur recibiese la cuota de dinero que le corresponda, una cantidad tal vez superior a los cinco euros que recibió por su hijo.